



Comisión 1

Índice

1. Viviendo con el diablo. Matías Andruzezen
2. Los misterios de la vida. Camila Fiorella Bazán
3. Vengo en son de paz. Ezequiel Baffoni
4. Algo habrán hecho. Felipe Bertola
5. Desencontrado. Martina Canha
6. Un viaje poco divertido. Javier Condori
7. La injusticia a flor de piel. Amparo Crivos
8. Un viaje accidentado. Leandro Debesa
9. Reflejo del vivir. Josefina Díaz
10. Vidas paralelas. Brenda D'Annunzio
11. Los visitantes. Micaela Echeverría
12. El recuerdo. Matías Fernández
13. Mi ángel. Katya Ferreyra
14. El abuso de quienes gobiernan. Luisina Fierro
15. De camino a las diagonales. Rocío Gómez
16. El vecino. Ignacio González
17. Las dos arpías. Antonieta Lavié
18. Una noche distinta. Alejandra López
19. Celebración interrumpida. Emily Loyet
20. El fin de un nuevo comienzo. Damaris Luque
21. El sincericidio de Eduardo. Sebastián López Márquez
22. Una fiesta que no se olvida. Nalea Ivón Mella
23. El payaso. Jorge Mendieta
24. El dolor de no saber quién sos. Leandro Mendoza
25. Obsesión mortal. Mateo Monte
26. La sombra. Karen Müller
27. Dulce ruta nocturna. Joaquín Nabais
28. Prófugos. Macarena Navarro
29. Catalina. Agustina Novoa
30. Reconocimiento a los muertos. Sebastián Otero
31. Prisionera de la mafia. Oriana Persiano
32. Esa dama. Marco Quiroga
33. Lo que implica el saber y callar. Agustina Ricardo
34. La sin nombre. Melina Ruiz
35. La casa de muñecos. Melanie Russo
36. El amor ante la rivalidad. Ezequiel Sacchetti
37. Consejos para sobrevivir a la Bestia. Micaela Toscano
38. Visita esperada. Fernando Vitale
39. El fútbol, la emoción y las lágrimas. Agustín Zambosco
40. Denuncia sobreviviente. María Sol Zecca

Viviendo con el diablo

Matías Andruzezen

Sonó el teléfono y supo que la iban a matar. Estaba tan segura que dejó la intuición de lado para convertir el hecho en certeza. La muerte, en este caso, no era intuición femenina. No sabía cómo, cuándo ni dónde. Sólo sabía el porqué.

El teléfono sonó por tercera vez. Atendió. Del otro lado, se escuchaba una respiración. Luego, cortan. Encendió todas las luces, volvió a la cama y se recostó sin sacarle la vista al techo. Vivía sola.

En un pueblo donde la maldad era condenada con la muerte a ella la caracterizaba la firmeza de sus decisiones. Lo que decía se cumplía. Lo que pensaba lo hacía. Lo que quería lo planificaba. Tenía mucha influencia en los hombres. Todos hacían lo que ella quería, excepto uno.

Era un hombre solitario y la única persona por la que ella había sentido algo. Era su anhelo. A él le repugnaba cómo ella lograba influir en el sexo masculino. Había intentado explicarles a los otros hombres que ella era la perdición, que lo único que quería eran sus bienes. No hubo caso. Nadie lo escuchaba.

Todos quedaron atónitos cuando los vieron juntos. Él creía que cuanto más cerca esté de ella, más cerca estaría de lograr su objetivo. Por eso intentaba seducirla para luego simular haber sido engañado.

No hubo un día en que no recordara el propósito por el cual estaba a su lado. Igualmente sería en vano. Ya nadie podría interponerse en esa relación.

Los misterios de la vida

Camila Fiorella Bazán

Comenzó la clase, son las 9.55 de la mañana. El tema asignado es la biografía del autor Wells y de su novela *La guerra de los mundos*. En un momento el profesor hace una pregunta: ¿Algunos de ustedes creen en los marcianos? Y fue en donde el 70% levantó la mano. El maestro sonrió e hizo una mirada en la que reflejaba una actitud de no poder creer semejante tontería. Luego comunicó que él no cree en esas cosas.

La clase se volvió muy profunda, los alumnos estaban muy concentrados. En un instante hubo un temblor en el aula, todos se tiraron al piso. Nadie entendía lo que ocurría, empezaron a mirarse mutuamente y cada uno podía ver el miedo del otro. El temblor para y algo cae del techo que causa la destrucción del edificio, lo cual hace un enorme agujero que hace que todos los que estaban en el aula cayeran en él. Se van a lo más profundo de la tierra, en donde quedaron atrapados.

En medio del terror, el profesor pregunta si ellos habían visto lo mismo que él. “Una nave espacial con marcianos” gritaron los chicos sorprendidos, de pronto cae una luz y se escuchó una voz muy fea y poco entendible que dice que todos los que no creían en la existencia extraterrestre van a morir. Los alumnos lloraban y gritaban. En eso se escuchan risas, hasta que nuevamente la voz habla y dice que una de las personas presentes en el aula es extraterrestre y es el culpable de lo que está ocurriendo si lo encuentran y lo matan podrían salvarse.

Todos desconfiaban de todos e incluso mataron a inocentes, estaban tan desesperados y ya no medían lo que hacían. Luego una alumna se acerca al profesor y le pregunta por qué no creía en ellos. Él suspiró, pero no contestó. Fue en ese preciso instante en donde la alumna llamada Fiore empezó a sospechar ya que él era el único que no creía en ellos.

Fiore gritó que el intruso es el profesor, y todos lo rodearon y lo quemaron vivo. A medida que el fuego se convertía en marciano, se achicó, se arrugó completamente y el color de su piel se convertía en verde pero no resistió y murió. Fingió ser un humano para acabar con la humanidad y así él podría gobernar el mundo.

Esa fecha quedó marcada en la historia ya que salvaron al mundo, pero muchas personas murieron y entre ellos todos los alumnos de la clase.

Vengo en son de paz

Ezequiel Baffoni

Mirábamos fragmentos de películas, la explicación había pasado y estábamos próximos a realizar la consigna del día. Notábamos que el viento iba aumentando su intensidad, el cual venía acompañado de nubes exageradamente grises, lo que parecía ser una tormenta eléctrica.

Comenzábamos a escuchar un leve zumbido: “Seguro es una mosca” pensé, mientras navegaba por *Twitter*. Pero el ruido aumentó, al igual que la incertidumbre que se sentía en toda el aula. Hasta que ocurrió lo imaginado, tal como en las películas de Hollywood, una nave aterrizó en el medio del patio.

Luego de unos minutos una puerta se abrió y se vislumbró un ser de pequeña estatura, extremadamente cabezón y de ojos negros muy grandes. Toda la facultad estaba en silencio, observando detenidamente a esa criatura, que lentamente avanzaba hasta llegar a la puerta.

El pánico empezó a consumirme. No atiné a nada más que a gritar y a esconderme debajo del pupitre. La mayoría se encontraban más intrigados que aterrados. Parte de los chicos que pertenecen al Centro de Estudiantes salen al encuentro, intentando establecer algún diálogo con el extraterrestre. Éste despliega algo que parecía un arma, saliendo de ella un rayo azul.

La criatura se retira hacia la nave y despegar. Nosotros, formando parte de una marea de personas, nos dirigimos hasta el hall central, preguntándoles a los chicos que les había pasado, si estaban lastimados.

Luego nos enteramos que los extraterrestres sólo vinieron a inspeccionar el cuadrante, a tomar nota de ciertos aspectos de vida del planeta, en busca de la presencia de oxígeno, que en el suyo se estaba acabando. Esto nos dejó perplejos, la invasión era inminente.

Algo habrán hecho

Felipe Bertola

Sonó el teléfono y supo que la iban a matar. Clara comprendió de inmediato que aquel llamado era para ella. De un grito le dijo a su madre que no atiende. Pasaron seis ring-ring y el tubo dejó de sonar.

Mientras corría en busca de su cartera y documentación, Clara quebró en un gran llanto. La familia comprendió enseguida. Algún día iba a pasar, esta bella vida cargada de valores no podría ser por siempre así. Sabía que tenía media hora para llegar a un pequeño aeródromo en las afueras de Santiago. Allí Juan, un gran amigo, la esperaba.

Un chofer sin relevancia en la historia recogió a la nerviosa mujer. Estaban con el tiempo justo, la vida de Clara corría peligro. Una rueda del auto estalló y la joven no pudo escapar. Allende había caído, Chile junto a miles de personas se desplomaban. La muchacha fue una de las tantas asesinadas en el Estadio Nacional.

Desencontrado

Martina Canha

Sonó el teléfono y supo que la iban a matar. Aquella noche lluviosa se encontraba en soledad. La aterrizzaba la idea de que al fin la habían encontrado. Luisina empezó a recordar todo lo sucedido. Todo había comenzado con ese amor imposible.

Un año atrás se encontraba trabajando, de moza, en el bar más famoso de Roma. A éste concurrían, en su totalidad, hombres de familias bien acomodadas. La mayoría eran médicos, escritores, empresarios y algunos otros que ocupaban cargos en el gobierno. Todos tenían una moralidad estrictamente establecida.

Luisina se llevaba las miradas de más de uno. Era una mujer muy bella, de unos veinte años. Tenía una mirada inquietante que reflejaba algo inexplicable. Por esto conquistó profundamente al abogado Bogué; un hombre treinta años mayor, casado con la hija del primer ministro del Estado quien era la madre de sus dos hijos.

Él, perdidamente enamorado, invitó a la bella joven a una cena lejos de la ciudad. La cena sería, puntualmente, en un pueblo, a dos horas de distancia, donde nadie los pudiera encontrar.

Luego de dos meses conociéndose, el amor entre ambos fue creciendo cada vez más. Sin importarle su familia, el abogado, compró una casa en aquel pueblo para vivir juntos. El lugar era sumamente estratégico porque el porcentaje de habitantes era muy bajo. Durante su ausencia por temas de trabajo o por su familia, él le mandaba dinero a Luisina para poder comprar lo necesario para vivir.

En algún momento esto iba a salir a la luz. La mujer de Bogué sospechaba su ausencia y desconfiaba por el olor a perfume de mujer que tenía en su ropa sucia a la vuelta de cada viaje. Entonces, en un estado de furia y desesperación mando a espiar a su marido. La respuesta fue la esperada. Su marido la engañaba. Ante este acto impuro se desató un clima de conflictos y demandas de encarcelación.

El abogado llamó a su amante para avisarle todo lo sucedido. Luisina sintió miedo y la necesidad de tenerlo cerca.

La quinta noche, después de haber salido a la luz la verdad, sonó el teléfono nuevamente. Ella se imaginó que quien la llamaba era su amado, pero escucho una voz, sumamente desquiciada, proveniente de una mujer. Esa voz tan tenebrosa le informó que el abogado había sido asesinado. Se puso pálida. Sabía que la próxima sería ella.

Un viaje poco divertido

Javier Condori

Todo comenzó con los múltiples viajes que hacía un niño llamado Javier con toda su familia. Solían ir de vacaciones a la provincia de Salta, a la ciudad de General Güemes, donde se encontraba parte de su familia.

A pesar de que fue en reiteradas oportunidades al mismo sitio, esta vez iba más atento y alegre, ya que su edad no era la misma: estaba por cumplir sus diez años.

Al llegar el niño se dio cuenta de que era muy querido y conocido por su familia. Se la pasó de casa en casa riendo, jugando y comiendo. Así comenzaron a pasar los días, ya había formado amistades con los diferentes niños y primos.

Cuando todo se había puesto en orden, los padres de Javier decidieron ir a conocer un nuevo lugar llamado La Torre. Casi sin ánimo, el pequeño cargó sus cosas y partieron al nuevo destino.

El viaje no fue tan largo. Al llegar se encontró con un paisaje montañoso y de poca vegetación. De a poco Javier comenzó a tener cierto malestar, tenía náuseas y mareos. Estos eran síntomas comunes por causa de la altura, ya que se encontraba a 3.800 metros sobre el nivel del mar. Si bien continuó con ese malestar que lo asechó todos los días, se pudo reponer gracias a un té de coca.

Aunque éste lo mejoró, se quería volver a su casa que se encontraba en la ciudad de La Plata. Por suerte en su tercer día emprendieron su regreso. La vuelta fue rápida, tardaron tres días. Fue raro volver, no solo por el paisaje sino por el tipo de gente que se encuentra en cada lugar.

Su viaje por fin terminó pero su deseo por volver seguía estando y a pesar de no disfrutar del todo, quería regresar a ese hermoso lugar.

La injusticia a flor de piel

Amparo Crivos

Nuestra vida está atravesada por las instituciones de las que formamos parte. De las que nos forman a nosotros mismos. Algunas las podemos elegir, otras simplemente aparecen ahí, en algún momento desde que nacemos. Como si cada uno de nosotros llegara a este mundo con un código de barras impreso que determina a dónde vamos a ir a parar dentro de este gran sistema que nos engloba.

Y las instituciones nos acompañan siempre, incluso contra nuestra voluntad muchas veces. Sobre todo aquellas en las que nos integramos de pequeños. O mejor dicho, nos

hacen integrar. Y cuando empezamos a experimentar lo que es el sentido crítico, ya es muy tarde.

El colegio es una de las instituciones más poderosas del mundo. El punto clave: todos pasamos por él y a todos nos lo eligen. En una película de recuerdos en la que abundan las emociones, recuerdo mi primera gran decepción.

Cuando comencé la escuela primaria tenía una sensación predominante: el entusiasmo de un nuevo universo por descubrir. Una Amparo de 7 años que deseaba con todo su ser vestir esa pollera cuadrillé que usaban las nenas de primaria. También estrenar por fin la mochila a carrito que le habían regalado para su nueva vida. No le tenía miedo al cambio, porque es una sensación inventada por y para los adultos.

Mi mayor preocupación era el lugar en el que me iba a sentar. Qué banco ocuparía en esa inmensa aula 18 que nos habían mostrado los maestros de primaria el día de adaptación. Es decir, el día en el que los más pequeños recorren el mundo de “los más grandes”. Fue desde aquella tarde que mi más profundo deseo era conseguir sentarme en el primer banco de la fila del medio. Incluso inventé que tenía dificultades de vista para que la señorita me diera el lugar.

No fue hasta el inicio de mi segundo año que lo logré. Le supliqué a mis papás que nos apuráramos para llegar más temprano incluso que la maestra y así conseguiría, seguramente, mi anhelado lugar.

Ese día volví a mi casa feliz, con una sonrisa como de quien completa un álbum de figuritas. Sin embargo, la alegría no duró mucho. Como siempre en la vida, pero eso fue algo que aprendí muchos años después.

Al día siguiente, la señorita decidió darle el lugar a una compañera. Su justificación fue que la nena quería sentarse ahí. “Yo también” le contesté, intentando no derramar ninguna lágrima.

En todos los órdenes de este mundo están aquellos que priorizan portación de bienes y apellidos para sostener mandatos de algunos que tienen más que otros.

Volví a mi casa llorando a mares, y aunque de mucho no sirvió, mi mamá le reclamó a la maestra por lo acontecido. “Todos somos iguales” le dijo.

No fue hasta muchos años después, cuando seguí transitando mi camino, que entendí por qué lloré tanto ese día. Lloraba porque me molestaba la injusticia, porque no quería ni quiero formar parte de algo donde vale más el tener que el ser.

Un viaje accidentado

Leandro Debesa

En 2014 fui con mi papá y mi hermano al mundial de Brasil, a un partido de fase de grupos en Porto Alegre, que fue la sede ubicada al sur de Brasil, o sea, la más cerca de Argentina, así que fuimos en auto.

El viaje de ida fue tranquilo, menos de un día de viaje y entre mi papá y yo nos turnábamos para manejar. El único problema que tuvimos fue que no teníamos la autorización de mi mamá para que mi hermano, que es menor, salga del país. Solamente podía ir a Brasil, pero nosotros fuimos por Uruguay, así que tuvimos que volver e ir directo a Brasil.

El problema viene ahora. A la vuelta del viaje. Al regresar, llegando a la frontera con la Argentina, se nos rompió el auto y la grúa argentina sólo cubre adentro del país, así que tuvimos que contratar una grúa que nos lleve a la frontera, empujar el auto hasta tierra argentina y contratar otra grúa, pero en Argentina.

Una vez en Corrientes, nos faltaba conseguir un taller, lo que no fue difícil porque un amigo de mi papá que fue con nosotros a Brasil tiene un pariente que conocía a un correntino mecánico, así que llevamos el auto, lo arreglamos en unas pocas horas y pudimos volver a La Plata, después de más de dos días de viaje.

Reflejo del vivir

Josefina Díaz

Nada nuevo. Sólo actos que creíamos haber superado. La muerte está ligada a la vida humana. Es una amenaza constante. En algún momento de nuestra vida la hemos analizado como un hecho lejano y profundo. También la hemos pensado como imposible, creyéndonos seres inmortales e infinitos en nuestras propias mentes.

Acepté al mundo como es, sin sentirme superior a cualquier especie. La ausencia de un ser querido, cercano, conocido o lejano no deja de formar parte del hecho, donde los recuerdos viven junto a las ganas de llorar y el deseo de que todo sea mentira. Situaciones dolorosas, anécdotas que dramatizan cada vez más la situación, despedidas y el adiós.

Los velorios: la última vez de todo. Última visita, última palabra, último adiós. Convivir con el dolor, intentar superarlo, pero aun así nunca aceptarlo. ¿Por qué esa manera de despedirse? ¿Hace falta obtener esa última imagen? ¿No les alcanza con vivir junto a los recuerdos de esa persona?

Siempre va a llegar un momento de dolor e injusticias donde vamos a encontrarnos disconformes con lo que sucede. Aun así, deberíamos superarlos a través del tiempo y no en una despedida donde el objetivo es ver a una persona físicamente por última vez. Si en verdad las personas queremos que algunas estén siempre presentes, es necesario creerlo para luego lograr el bienestar en uno mismo.

Por un lado, la conciencia de la muerte nos hace madurar ya que crecemos con la idea de que está presente. Por otro lado, la incertidumbre nos humaniza. Lo que tenemos que lograr es comprender al mundo. Nadie puede vivir y morir por nosotros.

Vidas paralelas

Brenda D'Annunzio

Sonó el teléfono y supo que la iban a matar. Una mañana fuera de lo normal, había pasado una noche ardua, larga y con venganza. Ella, una mujer bella y fuerte, trabajadora de noche, no la avergonzaba, imaginaba que trabajaba como cualquier otra persona, trabajar con su cuerpo le parecía lo más natural.

Esa noche, la que determinaría su vida, fue normal, frío por doquier, la misma gente. Él, un hombre no tan hombre que se diferenciaba destacándose por sobre los demás. Ella lo trataba diferente, con una mirada comprensiva. Una costumbre del día a día que se volvió rutina.

Si no pasaba por aquella esquina, se lo comunicaba previamente. Él, un hombre casado pero en un momento determinante en su vida, no le quedaba mucho tiempo con su matrimonio, capaz tampoco mucho tiempo de vida.

Esa noche fue diferente. Los dos, aquellos dos que se contenían mutuamente, parecían dos en uno, tal para cual pero viviendo en otro mundo, un pensamiento desregular los destacaba en la sociedad. Luego de la noche surgió la mañana en instantes de horas, aquellos dos amanecieron juntos, en el mismo espacio físico. Despertaron por seguidos y constantes llamados al teléfono que no paraba de bailar sobre la mesa de tanto sonar. La casa de ella, el teléfono de ella, era evidente que la llamada era para ella. O no.

Cansados del sonido irregular y fastidioso, alza el teléfono, que era raro que sonara a esa hora y tan insistente. La intriga y la fatiga la superaron y atendió. Era ella, la otra, la dueña del paquete, del hombre que se yacía en su cama plácidamente y por fin con la mirada tranquila y pareja, tanto que no se percató del ruido.

Al alzar el teléfono escuchó su voz penetrante que dijo dos frases que la dejaron parpadeando y mirando fijo. Se cayó a los pies de la cama y dejó de latir su corazón, su aliento dejó de recibir aire y su vida se había perdido cuando supo que la de él dejaría su mundo próximamente.

Los visitantes

Micaela Echeverría

Nos encontrábamos en el aula dieciocho, como cada martes. El profesor hablaba enérgicamente sobre la Primera Guerra Mundial y los alumnos escuchaban atentamente.

Un ruido muy fuerte, pero breve, provocó un dolor tan intenso en nuestras cabezas que parecía que iban a explotar. Algunos gritos ahogados se escucharon, y en ese momento supe que algo malo pasaba. Los gritos de horror se mezclaron con los de asombro.

Por la gran ventana, que ocupa todo el lado izquierdo del aula, se veía un objeto que descendía del cielo. El impacto que produjo contra el suelo unos minutos más tarde, demostró que bajaba a gran velocidad. Pero en ese momento se acercaba lentamente y, mientras continuaba con su descenso, otros aparecieron detrás de él y así continuó hasta que el cielo quedó repleto de pequeños círculos oscuros.

Uno de ellos se estrelló en la entrada de la facultad, arriba de un arco de fútbol. Algunas personas que entraban al edificio, se paralizaron a mitad de camino, mientras otras sacaban sus celulares para recordar el momento. En el aula, muchos miraban asombrados por la ventana, y otros corrieron fuera del lugar para ver lo que pasaba de cerca.

Desde el enorme pozo en el que se encontraba la nave, comenzó a salir un humo blanco. Los ruidos volvieron a surgir, y la gente gritó nuevamente.

El objeto circular se encontraba a pocos metros y cuando se abrió, una figura salió de él. La criatura era viscosa y marrón. Se arrastró con gran rapidez y, de pronto, se detuvo. El tiempo pareció ir muy lento desde ese momento. Comenzó a enderezarse y su mano se alzó, apuntándome. Una luz brillante verde, azul, de todos colores, iluminó todo mi cuerpo.

El recuerdo

Matías Fernández

Juan le pidió perdón a Estela, su esposa. Mientras lloraba, ella aceptó. Él fue a poner la pava para tomar mates. Cuando iba de camino a la cocina escuchó en el segundo piso de su casa gemidos de mujer. Dejó la pava en el fuego y subió. Llegó a la puerta de su habitación. Desde ahí provenían los ruidos. Entró y vio lo peor. Ahí estaban, su hermano y Estela, tirados en la cama, besándose y teniendo relaciones. Juan desconcertado, lleno de ira, tomó un cuchillo y los descuartizó.

Después de esto escuchó el silbido de la pava. Bajó y mientras caminaba por la escalera volvió a escuchar gemidos de mujer, esta vez en el subsuelo. Corrió hasta allí con el cuchillo en la mano. Otra vez los vio. Su esposa y su hermano. Esta vez sólo besándose. A él no le importó y los descuartizó.

La pava sonaba más fuerte a cada segundo. Él iba camino a la cocina, quería apagar el fuego. Cuando cruzaba el pasillo antes de llegar la vio. Estaba vestida de blanco. Corrió con su cuchillo pero de un momento al otro, Estela desapareció. La pava seguía silbando.

Comenzaron a escucharse gritos de mujer en el segundo piso otra vez. Volvió a correr. Los gemidos salían otra vez de su habitación. Entró, los vio y rompió en llanto. De nuevo, estaban allí, Estela arriba de su hermano. Su hermano lo miró y le sonrió. Él los mató.

La pava silbaba. Cansado, lleno de tristeza y decepción no encontró otro remedio. Juan se cortó las venas con el mismo cuchillo que había matado a su mujer y a su hermano. En ese momento entró su hermana. Al verlo le dijo:

— ¿Qué haces acá?

Juan se desplomó y murió.

Al otro día en toda la ciudad se escuchó en la radio local decir:

“Finalmente la policía encontró a Juan, el convicto de la clínica psiquiatra. El protagonista del asesinato de su esposa y su hermano el año pasado, se suicidó en la casa de su hermana”.

Mi ángel

Katya Ferreyra

Fue un día de festejo para mi familia el cumpleaños de mi mamá, 16 de julio de 2005. Toda la familia se había juntado para festejar. El motivo no era solamente el cumpleaños, sino también, el avance positivo que había tenido mi abuelo. Era un hombre de unos sesenta y nueve años que padecía una enfermedad muy mala que la mayoría de las veces destruye a sus víctimas. Pero como bueno luchador, aquel 16 de julio había logrado poder levantarse de la cama y caminar solo, con sus limitaciones. Era algo que no había hecho en casi dos meses de estar postrado en una cama.

Esa tarde su voluntad logró que pasara unas horas de mejor manera. Se divirtió, disfrutó junto a su hija y sus nietos de una manera maravillosa. Era como si su enfermedad hubiera desaparecido.

Al anochecer, luego de ese particular día, yo me encontraba como de costumbre en la habitación de mis padres, cuando escucho la voz de mi abuela que me llama. Venía a decirme que mi abuelo estaba esperando en su cuarto y que quería verme. Cuando me acerqué a verlo estaba acostado y lo noté un poco angustiado. Me asusté mucho y le pregunté qué le pasaba. Mirándome fijamente, con esos ojos turquesa que iluminan su cara de manera tan especial, me dijo que no me preocupara, que solo estaba cansado por el día que había tenido. Al oír esa respuesta, con tan sólo ocho años, yo me conformé. Intenté levantarme para ir a mi habitación, cuando su voz me interrumpió. Quería que me quede a su lado hasta que se durmiera. Segundos antes de cerrar los ojos me dijo que iba a contarme un secreto.

-No le cuentes a nadie Katya-dijo-, pero vos sabés que sos mi preferida, ¿no?

Con una sonrisa en su rostro me dio el beso de las buenas noches y cerró sus ojos. Con una felicidad inmensa, que colmaba mi corazón, me fui a dormir.

Al día siguiente, aproximadamente a las ocho de la mañana me desperté. Un clima raro se percibía en la casa. Empecé a preguntar qué era lo que estaba pasando y nadie podía o quería contarme. Al mismo instante que me dirigía hacia la habitación de mi abuelo por la ventana se reflejaba una luz, acompañada del ruido tan particular de la ambulancia. Mi cabeza, mi corazón, eran muy frágiles para entender lo que estaba pasando, pero la sensación que recorrió mi cuerpo dejó más que claro. Mi mundo se derrumbaba. Mi compañero, mi amigo, mi cómplice, ya no iba a estar más. Peor con el tiempo iba a comprender que se había ido para convertirse en mi ángel. Ese ángel que iba a cuidarme y sostenerme cada vez que me caiga.

El abuso de quienes gobiernan

Luisina Fierro

Era septiembre y estábamos apresurados por programar un viaje. Se nos había hecho tarde con las fechas y se acercaba el verano. Queríamos subir a un avión y sentir esa adrenalina de atravesar el tiempo a pesar de los miles y miles de kilómetros. Elegir el destino no fue fácil pero valió la pena el debate. Queríamos ir a un lugar lleno de una cultura distinta, teníamos ganas de conocer otros mundos pero también hacer vida de playa. La opción elegida fue Cuba, lugar del que muchos hablan por sus políticas pero pocos conocen. Un abismo de diferencia se percibía ya en el aeropuerto, ni hablar de lujos o algún lugar para comprar regalos, ya aquel lugar daba sensación de algo viejo.

Ya en el camino a La Habana lo noté todo, aquel lugar estaba estancado, para mí, cien años atrás. Había ruinas de edificios por todos lados, parecían salidos de una ficción de época.

Al salir del hotel, la gente cubana en las calles suplicaba papel higiénico, jabón, pasta dental en forma desesperada y recurriendo al acoso. Podías ver recorriendo La Habana mínimo cinco chicos descalzos por cuadra, y a partir de ahí cambió mi visión de lo que me habían contado antes de viajar respecto de una supuesta conformidad del pueblo cubano con el modelo político. Más que conformidad, vi desesperación, ganas de libertad.

Al dejar La Habana partimos para Playa Varadero, la hipocresía materializada. A unos kilómetros de todo aquello que había visto se encontraba una costa de hoteles lujosos y carísimos y playas increíbles donde nadie percibía todo lo que vivía realmente ese país.

Yo como turista pude disfrutar y gozar en siete días de todos los lujos por los cuales los cubanos esperan hace años, como Internet, libertad e higiene.

Viajando a Cuba aprendí. Aprendí la importancia de mis derechos, la importancia de sentirse libre y no sometido. La importancia de luchar contra el abuso de quienes gobiernan.

De camino a las diagonales

Rocío Gómez

¿Cómo fue el viaje hasta acá? Esa es la pregunta que todos me hacen cuando les cuento que vengo de Tierra del Fuego, así es, el famoso “fin del mundo”. A tres mil kilómetros de donde me encuentro ahora.

El viaje fue largo, basta digamos. Viajé con mi mamá y mi papá en auto, si hablamos de comodidad no la tenía por más que viajaba sola en el asiento de atrás. Más que un auto parecía un camión de mudanza: en el baúl iban tres valijas y una computadora, y en el asiento trasero, cajas, bolsos parlantes y cuadros; todo lo que te podías imaginar. Todo esto era porque mi papá también se mudaba al norte. No tenía espacio para nada, ni siquiera para estirar las piernas horizontalmente.

Salimos un jueves a las cinco de la tarde, horario perfecto, ya que para salir de la provincia tenemos que cruzar dos fronteras y pasar por el Estrecho de Magallanes sobre una barcaza. En el camino pedía que no haya viento, ya que cuando había temporal se suspendía el traslado y se tenían que esperar horas y horas hasta que se normalice. Por suerte no fue así, logramos pasar rápido y llegar a Río Gallegos, Santa Cruz, lugar donde hicimos noche.

Sin mentir, en el viaje habré dormido doce horas seguidas y habré tomado veinte termos de mate. Cada vez se volvía más aburrido y la forma que mataba el tiempo era comiendo o durmiendo, a veces sentía que estaba invernando.

La segunda parada fue Trelew, no me olvido más de eso ya que dimos vueltas como una calesita para buscar alojamiento. Cuestión que terminamos durmiendo en el auto estacionado en una YPF. Al día siguiente, no podía moverme del dolor muscular que tenía.

El viaje se me hacía interminable y ya dejando el sur, la tercera parada fue Azul, provincia de Buenos Aires. Al otro día se suponía que llegábamos a destino. No veía la hora de llegar, cansada de los chistes malos de mi papá, de la radio nacional mandándole saludos a los estancieros y de la música de mi mamá que te daban ganas de completar el viaje caminando.

Llegamos a La Plata el domingo y mi felicidad fue inmensa, no sé si era porque habíamos llegado bien o porque ya no iba a comer más sándwiches de milanesa (estuve comiendo eso tres días seguidos).

En fin, fue un viaje de locos pero una experiencia muy linda de cómo llegué a la gran ciudad de “Las diagonales”.

El vecino

Ignacio González

Alejandro se había mudado a su nuevo departamento hacía muy poco tiempo. La idea de irse a vivir solo era algo que lo entusiasmaba mucho. Su nuevo hogar era muy chiquito pero contaba con una inmensa puerta y con un ventanal que daba al balcón del departamento. Todo era muy normal hasta que cumplió la primera semana desde que se había mudado.

La tarde de ese séptimo día encontró a Alejandro tomando mates. De repente, escuchó que alguien golpeaba la puerta. Se acercó a la puerta para ver por la mirilla y lo único que vio fue un hombre que se encontraba al otro lado del pasillo. Rápidamente él pensó que era un vecino que no había conocido aún. Alejandro lo ignoró y siguió con sus mates.

Al día siguiente, él estaba haciendo arreglos en la cocina. Estaba por terminar cuando volvió a escuchar un golpe en la puerta. Volvió a mirar por la mirilla y vio que era la misma persona que el día anterior. Sin embargo, esta persona se encontraba más cerca de la puerta. Alejandro lo volvió a ignorar.

Al décimo día de haberse mudado, Alejandro estaba acomodando sus cosas cuando escuchó el mismo ruido a la misma hora que los días anteriores. Hizo la misma revisión para ver quien era pero esta vez no había nadie. Sorprendido, Alejandro se dio vuelta para seguir ordenando y vio el mismo hombre del pasillo en el balcón. Se miraron fijamente por un rato y sin aviso alguno, el hombre saltó al vacío.

Alejandro, muerto de miedo, llamó al encargado del edificio para explicarle lo que había sucedido. El encargado le dijo que el anterior dueño de ese departamento se había quitado la vida saltando desde el balcón.

Las dos arpías

Antonieta Lavié

Al cruzar el portón verde te veías inmerso en un mar de guardapolvos. A los ojos del patio gris éramos todos iguales. Sin embargo, cuando prestabas más atención, las diferencias entre nosotros eran evidentes.

El color de las manos, cuellos y caras variaban de niño en niño. Algunos de ellos eran más claros, otros más oscuros. Lo mismo sucedía con los zapatos: limpios, sucios viejos, nuevos. Muchos estaban rotos. Las múltiples versiones de pequeño convivían en una misma aula. Pertenecer a un mismo curso era la razón suficiente para ser amigos.

En un rincón de mi salón se sentaban Amparo y María Luján, dos nenas malvadas que se complotaban entre ellas para molestar a los demás. Como si ser rubias y de ojos azules las legitimara en algún extraño sentido, intentaban demostrarnos que eran lindas y buenas. Recuerdo que una vez nos obligaron a mis amigos y a mí a verlas bailar una coreografía de una película de Disney que acababa de salir. No nos dejaron irnos hasta que terminaran.

Cosas de ese estilo podían ignorarse, no nos afectaban realmente, pero un día las dos arpías convocaron a todas las nenas de 1° A, yo incluida. En medio del patio sacaron un papel escrito de ambos lados con lapicera rosa, en donde se distinguían los nombres de cada una de nosotras. Comenzaron a leer: “Jimena, verdulera”, “Agustina, zapatera”. La lista seguía, habían anotado las profesiones que tendríamos en el futuro.

La mayoría íbamos a limpiar casas, atender mesas en restaurantes u otros trabajos que, para la edad que teníamos, sonaban terribles. Amparo decidió que iba a ser modelo y María Luján artista.

María Luján y yo nos anotamos en el sorteo para entrar a Bellas Artes, una secundaria especializada en música y artes plásticas. Yo entre pero ella no. Fue, sin quererlo, la mejor venganza que podría haber pensado y la lección más cruel que debe haber recibido.

Se lo merecía, se lo merece.

Una noche distinta

Alejandra López

Cuando era chiquita era muy tímida. No me gustaba mucho sociabilizar con la gente, me costaba hacer amigos, es por eso que no tuve muchos. Por este motivo, a mi mamá un día se le ocurrió que mi hermana mayor Yesica y yo hiciéramos una actividad. Ambas elegimos danzas.

Al principio me dio miedo, personas nuevas que no conocía, mi mamá tenía que quedarse en la clase porque no quería quedarme sola, me daba vergüenza bailar si ella no estaba. Al pasar las clases, con mi mamá siempre acompañándome, empecé de a poco a soltarme, ya no lloraba y podía participar de una clase, con nervios pero lo intentaba.

Una tarde, mi profesora Gabriela me dijo que le gustaría que yo hiciera sola la apertura de la presentación de fin de año. Aterrada le dije enseguida que no, pero entre ella y mi mamá me propusieron pensarlo así que luego acepté.

En la siguiente clase le dije a la profesora que aceptaba la propuesta, seguía con ese miedo y timidez obviamente, pero por dentro también pensaba que podía ayudarme con mi problema.

Luego de ocho meses de puros ensayos en los que me fui soltando de a poco, parecía como si ese temor mio nunca hubiera existido, como si fuera otra persona completamente distinta a la que era cuando inicié. Y sin darme cuenta, llegó el gran día.

12 de diciembre, día de la gran noche, aquella en la que iba a ser un antes y un después en mi vida. Nunca entendí por qué me había levantado otra vez con ese miedo, pánico escénico quizá, no lo sé. Estuve todo el día tratando de tranquilizarme, de a poco lo conseguía.

Esa noche fue perfecta, una noche especial para mí, en la que exploté, era como si nunca me hubiera pasado nada, estaba suelta, bailaba, fue una presentación que a la gente que fue a verla le gustó. A mí también me gustó. Pude decirle adiós a un miedo que cargué conmigo durante ocho años, para pasar a ser una persona completamente diferente.

Un momento que nunca voy a olvidar y eso se lo agradezco a cada persona que estuvo ahí conmigo en todo momento, porque hoy sé que gracias a ellos pude, además de enfrentar un miedo, reconocer mi verdadera pasión que es bailar.

Celebración interrumpida

Emily Loyet

No recuerdo pasar mi cumpleaños en un mismo lugar. Gracias a que la estación propone buen clima, actividades al aire libre siempre son realizadas. Al hacer memoria, recuerdo recitales, campings y distintas playas vienen a mi cabeza. A pesar de que mis familiares más cercanos como mi mamá, papá y hermano siempre están presentes. El grupo de amigos que me rodea se va modificando año a año. Exceptuando de mi compañera de jardín, Julieta, que desde que nos conocimos a los tres años presenció cada celebración.

Recuerdo bien mi momento favorito cuando era más chica. La secuencia en que todos los invitados forman un semicírculo alrededor de la mesa, cantan el vergonzoso y característico “feliz cumpleaños” y se corta la tan esperada torta. Cuando las estrofas son entonadas siempre resonaba en mi cabeza los tradicionales ‘tres deseos’, el cual trae consigo apagar el vivaz mechero ubicado justo en el centro de la torta. En mi caso, ese momento casi nunca llegó, ya que Julieta se hacía cargo de la acción. En cada foto se ve a esa nena llena de rulos irrumpiendo el momento y soplando la vela.

Hoy en día se me viene a la mente ese instante y aún más cuando es mi cumpleaños. Como mi compañera de toda la secundaria sigue siendo mi amiga procuro cambiar las acciones de los cumpleaños pasados. Agarro la extravagante torta y me coloco justo en el lado opuesto donde ella se encuentra, así me cercioro de que la historia tenga un fin.

El fin de un nuevo comienzo

Damaris Luque

Después de tantos meses de espera, el momento había llegado. El tan esperado viaje de egresados, una experiencia inolvidable quizás, para cada uno de mis compañeros, Fue el cierre de una etapa grande en mi vida, para muchos el primer viaje lejos de casa. Para otros, un viaje más.

Salimos el 22 de octubre de 2015, eran muchos los sentimientos encontrados en ese momento. Estábamos a horas de llegar a la hermosa ciudad de San Carlos de Bariloche. La vista era increíble. Esas montañas cubiertas de nieve que se podían observar por lo lejos, le daba luminosidad a nuestros ojos llenos de encanto.

Llegamos al hotel, y bajamos nuestras cosas que, por cierto, eran muchísimas. Los coordinadores nos mostraron el hotel por dentro. Automáticamente me enamoré de la vista que cada lugar ofrecía.

Cuando pasamos a la sala de estar, vimos a varios chicos desparramados en los sillones, en el piso y las escaleras. Con cara de cansancio, tristes, tal vez. Nosotros escuchamos por lo bajo que cantaban canciones acordes a la situación. Esos chicos se iban y volvían a sus casas, dejando el hotel deshabitado para nosotros.

Luego de ese episodio donde sentimos ese toque de picares y, a la vez, tristeza, al saber que después de una semana nosotros llegaríamos a esa situación, los coordinadores nos mostraron las habitaciones y la emoción volvió a cesar. La vista era hermosa. Corrí hacia la ventana y me adueñé de la cama con vista al frente.

Hoy me pongo a pensar, y volvería a repetir ese viaje una y otra vez. Con tristeza puedo decir que ya no estoy para repetirlo en el mismo tiempo de egresada. Tal vez vuelva a vacacionar y recordar momentos en base a los lugares ya vistos.

“No llores porque terminó, sonríe porque sucedió”, frase que cerrará que cerrará este ciclo en mi adolescencia.

El sincericidio de Eduardo

Sebastián López Márquez

En algún lugar perdido de la provincia de Buenos Aires existe el pueblo de Récula. Allí la gente es amable, educada y considerada ante los problemas de los otros. Esa misma gente se siente menospreciada porque en la capital nacional nunca se los recuerda. Ni siquiera figuran en el mapa de la provincia.

En ese mismo lugar vive Eduardo, considerado el florista del pueblo. Muchas veces ha sacado de apuros a Roberto, que volvía habitualmente a su casa sin un regalo para su esposa María Laura. También a Lucas, su mecánico amigo, y a tantos otros que estaban peleados con su pareja o simplemente querían conquistar a alguna chica, vecina o conocida. Él siempre estaba cuando iban al trabajo y volvían a esos campos de batalla, llamados casa, a disfrutar de ese pan rancio, llamado familia.

Todos los martes, a la noche, después del trabajo, Eduardo se juntaba en el bar que está en la esquina de la avenida Juan José Paso y la calle Galíndez con Jorge, el ingeniero; Lucas, el mecánico de segunda del pueblo; Mario, el sacerdote; y el intendente de Récula, Pablo. Comenzaron a charlar y jugar al truco. Siempre quedaba Lucas afuera porque odiaba apostar. Jorge, que era frío y calculador, hacía pareja con Pablo que era un gran jugador porque la mentira era su mejor arma, usada tantas veces en su oficio. Eduardo estaba emparejado con Mario. Mario era bien pillo en el envido. Mientras jugaban, también charlaban.

En un momento, salió en tema de la homosexualidad. Lucas dijo que el hombre no puede ni debe pretender a otro hombre. Jorge se mostró indiferente al igual que Pablo, que como funcionario público nunca opinó del tema. Mario se manifestó en contra de la homosexualidad, aunque admitió la creciente expansión de este concepto.

Entre tanto debate, Eduardo hizo una confesión. Se declaró homosexual y dijo que tenía fantasías con Humberto, el preparador físico del gimnasio. Esto generó el rechazo de todos los presentes en la mesa. Mario se ofendió y se fue. Lucas sintió un escalofrío y se excusó de recibir una llamada para irse. Pablo trató de compadecerse pero no pudo. Jorge, incómodo por la situación, se fue a pedir un taxi. Eduardo quedó solo.

A partir de ese momento, Eduardo vendió menos flores. Tiempo después, su puesto de flores fue cerrado por mal acondicionamiento del lugar.

Una fiesta que no se olvida

Nalea Ivón Mella

En los 15 de mi prima hacía un frío de esos que te hace temblar la mandíbula, o quizás era yo que estaba volando de fiebre y fui igual, la verdad no sé.

Cuando llegamos con mi familia al salón, lo único que hizo la gente fue girarse a mirarme por mi estupenda vestimenta que consistía en un buzo rosa chicle y unos jeans. Intenté pasar desapercibida, pero la insistencia de mi mamá para presentarme gente que, según ella eran parientes, no ayudaba mucho.

Pasó la recepción y llegó la hora de tomar asiento, me acerqué al asistente, el cual me indicó una mesa diferente a la de mis hermanos pero en el momento no me pareció pedir el cambio.

Cuando llegué a la mesa indicada no lo podía creer. Me habían puesto con los nenes chiquitos. ¿Esos que apenas saben agarrar el tenedor y se limpian la nariz con el mantel? Bueno, esos.

No es que no me gusten los nenes, pero con la gripe y el dolor de cabeza y la fiebre, simplemente no tenía ganas de estar con ellos. Agarré mi silla por el respaldo y con mala cara la arrastré hasta la mesa de mi mamá, haciendo que el salón entero volviera a prestarme atención por segunda vez consecutiva, incluyendo a sus compañeras de colegio, metidas en vestidos diminutos y celulares más grandes que ellas.

Llegó la hora del vals y todos fueron a bailar con ella. Cuando mi hermano menor se paró para ir y sacarla a bailar, me volcó una copa de coca completa sobre mi prestigioso buzo. A esa hora y con todo lo que había pasado, estaba decidida a irme a mi casa. La verdad ese cumpleaños era una tortura.

Cuando la fiesta terminó, yo estaba sentada en una silla con el saco de mi tío puesto por el frío que tenía. Él se ofreció a llevarnos, de lo cual estuve eternamente agradecida.

El viaje había comenzado bastante bien, pero cuando escuché un par de risas de más, me estiré para ver la cara de mi tío. Descubrí que estaba pasado de copas, por no decir borracho porque es una fea palabra.

Pasamos la mayoría del viaje inclinándonos hacia adelante, ya que él encontraba gracioso pisar el freno y el acelerador, acompañado de una 'reverencia'.

Al llegar a tierra firme, mejor conocida como la vereda, abrí la puerta de la casa con bronca y náuseas, síntomas que me acompañaron toda la noche y en ese momento marcaban más su presencia.

Tirando el saco sobre el sillón y dejando las llaves sobre la reja, prometí nunca más ir a una fiesta enferma y pienso cumplir esa promesa.

El payaso

Jorge Mendieta

Recuerdo que de niño vivía en una casa pequeña, y que mi habitación no era la excepción. Tuve, digamos, una infancia feliz. Con ciertos y algunos mimos de más, que rayaban el capricho. Un cierto día mis padres me regalaron una serie de peluches, entre ellos había un payaso de treinta centímetros aproximadamente. ¡Le temía! Aún hoy no me explico porque ya que jamás tuve problemas con ningún payaso. Lo cierto es que procuraba que no llegase jamás la noche, esto lo asocio con el mismo miedo que se tenía en el siglo XVI hacia los vampiros. Bueno, a mi algo similar, pero al payaso. No así a los que veía en la televisión, sino a ese en particular.

Pasadas ya dos semanas mi salud era deplorable. Mis padres llegaron a la conclusión de que sufría anemia. Pero en realidad, mi mal era psicológico y no físico. Trataba todos los días acostarme muy pero muy tarde, ya de madrugada casi trasnoche. Me quedaba jugando, o mirando televisión así me diese mucho sueño, e irme lo más rápido posible a la cama y no ver a ese ¡Payaso maldito! Una cierta noche hubo una tormenta de nieve que causó muchos estragos en Europa y América del Norte. Gracias al vendaval, los cables que conducían la electricidad dejaron de funcionar y, lógicamente, se cortó después de la cena alrededor de las siete de la noche, lo que me sobrecogió de hombros y mi mamá me decía que no tuviera miedo, y que rezase mucho.

Me quedé solo en la habitación, con la penumbra de la luz de una vela, que iluminaba muy tenue. Esa misma noche no sucedió nada extraño, lo que al otro día a la mañana, ya con el sol, me di cuenta que era sugestión mía, un miedo solamente.

El dolor de no saber quién sos

Leandro Mendoza

Promediaba el mes de octubre de 1997, cuando en un pueblo de la provincia de Buenos Aires, llamado General Madariaga, cinco jóvenes amigos se juntaron para jugar al juego de la copa. Ya nada volvería a ser como antes.

En principio, todo comenzó por diversión. Marcos, dueño de la casa y anfitrión, sentía entusiasmo ya que pretendía tener contacto con su hermano Gaspar, quien había fallecido

tres meses antes. Sus amigos más cercanos, Lucas y Sandra, le recomendaron no hacerlo, dejar que el espíritu se mantenga en paz. Por supuesto, Marcos no hizo caso y siguió con la idea fija, con su propósito como principal objetivo a corto plazo.

Luego de encontrar la copa que iban a usar, Marcos escuchó golpear la puerta de entrada. Eran Laura y Mateo, dos amigos de la infancia que, después de varios años, venían de visita. La inesperada presencia de la pareja, no detuvo la obsesiva idea del dueño de casa, que ya no tenía la misma mirada. Intentando no asustar a sus pares, él les confesó sus reales motivos de su insistencia. Gaspar, antes de morir agonizando en el hospital, tras ser atropellado por un tractor, le dejó una inmensa intriga a su hermano, al confesarle que no era hijo natural de sus padres, quienes también habían muerto seis años atrás en un incendio en el hotel donde vacacionaban.

Ya no había tiempo para especular. Sin un solo familiar o amigo a quien preguntar, Marcos necesitaba conocer su identidad, su origen. Después de varios minutos de intentos fallidos, la copa por fin se empezó a mover. Parecía que divagaba al comienzo hasta que, por fin, se presentó.

- Soy yo brother, Gaspar- manifestó el ente a través de la copa.

Los cinco jóvenes quedaron boquiabiertos, ya que descreían de este tipo de sucesos y no podían entender lo que estaban presenciando.

- Necesito que me digas la verdad, quiero saber quiénes son mis padres- preguntó Marcos.

Lentamente al principio, pero acelerando la velocidad al minuto, la copa siguió “hablando”, mientras giraba arriba de la mesa hasta que, sin motivo alguno, estalló. Luego de esto, ante la sorpresa de todos se cortó la energía eléctrica y se escuchó un gran golpe en la puerta principal. Marcos abrió sin titubeos y no pudo creer lo que veía: su hermano Gaspar, con aspecto fantasmagórico, le dio un abrazo y le confesó la verdad sobre su origen.

-Somos primos, Marcos. Tus padres biológicos murieron cuando tenías dos años. Tu madre, Doris, falleció cuando naciste y Claudio, tu padre, no pudo combatir el cáncer. Por eso, con mucho amor, te adoptaron tus tíos- dijo el espíritu de Gaspar.

Al fin, ya con algo de paz, Marcos se despidió de Gaspar y, de a poco, pudo reconstruir parte de su historia y comprender su identidad.

Obsesión mortal

Mateo Monte

Sonó el teléfono y supo que la iban a matar. Sabía que su destino estaba marcado y era el momento de pagar con su vida. La angustia llegaría a su fin y terminaría con su locura.

Agustina tenía 28 años cuando sonó el teléfono. Hasta ese momento su vida era tranquila, se había recibido de abogada hace poco tiempo y tenía un trabajo que lograba satisfacer sus necesidades, lo que era esencial para ella. Pero aún así tenía una cuenta pendiente con el amor, había tenido un intenso noviazgo de cinco años que se disolvió después de fuertes discusiones. Salió de él fortalecida, pero a su vez con un gran miedo de volver a enamorarse.

A los dos años de comenzar a trabajar en un Estudio de Abogados, deciden trasladarla a la sede principal. Allí conoce nuevos compañeros, entre ellos a Ricardo, un abogado exitoso que casi llegaba a los 50 años. Él estaba casado tenía tres hijos, era la cabeza del Estudio y sin dudas el ejemplo a seguir de cuanto abogaducho ingresara a trabajar allí.

Agustina se encontraba en un gran momento laboral pero se sentía incompleta y confundida. Ricardo había logrado despertar en ella algo que no había sentido en sus cortos amoríos de los últimos años.

El respeto y admiración que ella sentía fue mutando lenta pero intensamente en deseo, que llegó a niveles altísimos, a tal punto que Ricardo, con buen ojo, lo comenzó a notar y a aprovechar. Al darse cuenta de este interés, el abogado empezó a seducirla con viajes de trabajo y otros lujos.

Se aproximaba un congreso de abogados y Ricardo decidió ir con Agustina a representar al Estudio, esto la alegró ya que ese deseo podría ser calmado finalmente. Viajaron y vivieron días muy apasionados. Al regresar el deseo ya se había transformado en obsesión,

comenzaron a frecuentarse más seguido. El abogado estaba inmerso en una doble vida, de la cual renegaba porque estaba al límite y esto rompía con su estabilidad.

La muchacha se comportaba extrañamente, lo llamaba a toda hora, incluso cuando él estaba con su familia. Esto lo irritaba ya que lo consideraba un obstáculo. Su obsesión la engeguenció a tal punto de hacer un plan para deshacerse de la familia de Ricardo.

Y así lo hizo, aprovechó que el abogado estaba de viaje y fue a su casa, esa que conocía muy bien, llevando una vieja arma que tenía en su casa. Mató a la esposa y a los tres hijos. El brote de locura llevó a dejar el arma y huir a su hogar, siendo vista por todos en el barrio.

Por la noche su teléfono sonó, bajo las escaleras corriendo y en la puerta estaba él, Ricardo, con el arma en la mano. Ella todavía totalmente desbordada la tomó y disparó sobre él, lo mató. Esto provocó un quiebre total que llevó a que se suicide y ponga fin a esa locura.

La sombra

Karen Müller

Muchos recordaremos algún suceso extraño por el cual hemos pasado. Una situación que no estamos seguros de si verdaderamente tomó lugar o no. En mi caso, a pesar de haber sido hace catorce años, me persigue hasta el día de hoy.

Una tarde, cuando estaba sola con mis hermanos, vi una sombra. Una silueta humana, para ser más exacta, sin cuerpo. Nadie me creyó, pensaron que estaba inventando cosas, como cualquier otro chico de cuatro años. Días después, comencé a escuchar voces de noche. Susurros que pronunciaban una y otra vez las mismas palabras inentendibles. Conciliar sueño era casi imposible.

Luego de una semana de noches complicadas, nunca más volví a ver sombras ni a escuchar nada extraño por años. A pesar de haber dormido por mucho tiempo con una lámpara encendida y música, había logrado olvidarme, o al menos, distraerme de la situación.

Escribo esto con las manos temblorosas porque estoy segura de que hay una presencia en mi habitación. Puedo escuchar sus susurros cada vez más cerca. En la pared aparece una sombra que se superpone con la mía. Estoy casi paralizada. Siento un par de manos frías alrededor de mi cuello.

Dulce ruta nocturna

Joaquín Nabais

Los paisajes son repeticiones de nuestros anhelos, nuestros más recónditos deseos de niños hasta la materialización de los adultos que somos hoy.

Mientras el ómnibus se desprende de la terminal dejando una parte personal de la profundidad gentil en cada destino, arriba de la plataforma. La noche inunda todos mis sentidos, el movimiento es testigo de todo lo que el campo oculta en su trivial misterio.

Cada uno en ese vehículo tiene un destino. Físicamente parecido, pero nunca el mismo. Miles de caras extrañas que nunca volveré a apreciar, que en el vestido de noche se hayan en el letargo tal cual maniqué víctima de la espuma del sueño.

Mientras mi insomnio se hermana con la soledad húmeda de un viaje, las horas se transforman en acuarelas que van dibujando el cielo con el allá rural de la provincia de Buenos Aires.

Vías huérfanas, edificios de antaño, parajes y pueblos sellados al vacío por fuerzas, visiones, nociones o solo casualidad que desconoceré, y que el único punto de encuentro que termina en mi mirada casada, hinchada, como la cafeína que inunda mi insomnio galopante. Quizás no será producto de algún estilo de consumo, quizás mi cara de pocos amigos y los discos de David Bowie en mis oídos signifiquen un motivo para mantenerme cauteloso ante la inmensidad monocromática de la noche campesina.

Contrariamente al abrir de ojos del amanecer, mi mirada ya desgastada entre tantas aradas y pensamientos que se olvidan como hormigas que cosquillean mis dedos en el cansancio de la invasión visual monotemática.

En el segundo en que el ómnibus se detuvo el frío atlántico me abofeteó, como una golpiza brutal que me dice, bienvenido a casa.

Prófugos

Macarena Navarro

Sonó el teléfono y supo que la iban a matar. Azul era su nombre. Sólo con 17 años tenía tantas causas penales que ni ella misma recordaba lo que había hecho. Embarazada de seis meses, era una prófuga de la justicia.

Se encontraba en su casa, en la misma villa del barrio de Lugones. Sabía que no había escapatoria, la habían encontrado. No había lugar para el arrepentimiento

Su madre había muerto cuando ella tenía sólo siete años, dejándola con su padre. Su padre era un alcohólico. Él murió dos años más tarde a causa de un balazo en el pecho, en medio de una pelea de narcotraficantes, en los pasillos de la villa. Sus seis hermanos quedaron a cargo de una tía lejana que los cuidaba muy bien. Azul no quería atarse a una persona que la cuide. Decidió quedarse sola en la casa de la villa.

En su corta vida, pasó por miles de reformatorios pero nada ni nadie podía hacer que cambie. Con sus pelos color negro agradable, sus labios rojos y su sonrisa de demonio. Era la adolescente más buscada del Gran Buenos Aires. Había seguido con el negocio de su padre. Pasaba los días vendiendo y consumiendo cocaína. Por esto la buscaba la policía pero también su jefe, le debía mucho dinero. No sabía a dónde ir. Escapaba de la policía y del líder de su bandita que la quería matar.

Una tarde, ella se encontraba por la zona del Riachuelo. Allí se iba a encontrar con el supuesto padre del hijo que a pesar de todo estaba por nacer. Al llegar, se encontró con algo que no esperaba. Sentía que algo raro iba a ocurrir. Había caído en una trampa.

Por debajo del puente de hormigón, que conectaba el norte con el sur, salieron dos hombres encapuchados. Ella los conocía. Eran miembros de la banda. Sin dudarlo comenzó a correr rápidamente pero se cansó muy rápido. Esa corta persecución terminó al oír un disparo y sentir un enorme dolor profundo en su espalda. Sin pudor cayó al seco asfalto.

Nadie se acordó de ella, ni mucho menos del bebé que llevaba en su vientre. Nadie reclamó los cuerpos. Recién, luego de dos días, las autoridades la encontraron.

Catalina

Agostina Novoa

Era una niña de tez blanca y pelo abundante, que al nacer con algunas complicaciones en el trabajo de parto a falta de oxígeno, por un descuido del médico, le produjo un leve retraso mental, seguido de la pérdida completa de audición.

Cata, a pesar de su desagradable episodio creció en el seno de una familia que se encargó de que tuviera una vida con muchas actividades y así el día de mañana pudiera desenvolverse mejor, interactuando con diferentes personas. Lo cual le sirvió mucho para poder superarse y defenderse en la vida cotidiana.

Esa niña de ya casi 20 años además del apoyo de sus padres, contaba con el de sus hermanos, que cada día se ocupaban de que hiciera valer sus derechos. Uno de los tantos viajes a su clase de natación, un martes como de costumbre, esperando el micro se unió a la cola. Pero como tenía prioridad se colocó primera y como era de esperar, la gente que la integraba comenzó a quejarse porque les parecía una falta de respeto. Es que nadie se pondría primero ante tanta gente si no tuviera una buena razón.

Entonces la pobre joven con su poco dialecto, pudo explicar que era sorda, y al llegar el micro tomó su carnet de la cartera, lo mostró al chofer y se sentó en el primer asiento; orgullosa de poder una vez más enfrentar y defender sus derechos.

Reconocimiento a los muertos

Sebastián Otero

Sonó el teléfono y supo que la iban a matar. Una sensación de miedo invadió a Lucía, se quedó quieta como si su mente quisiese correr pero su cuerpo se lo impidiera. En ese momento se encontraba sola, su novio se había ido con el perro.

Se sentó en su escritorio, y comenzó a observar con mucho cuidado la ciudad. Esperaba ansiosa la llegada de Miguel, su novio, pero también con miedo a ver si alguna silueta misteriosa se dirigía hacia su edificio.

Había pasado poco tiempo de la publicación en el diario sobre la investigación de Lucía. Descubrió que una de las grandes mafias de Italia, dirigida por Ezio Plutoni, había sido autora del crimen de asesinatos a comerciantes que se encontraban bajo el dominio de la mafia. Esta investigación fue tomada por la justicia para encriminar a Ezio, como principal responsable de los homicidios.

La publicación de Lucía tuvo gran repercusión en el país, y parecía que la mafia tomaría revancha.

Un forcejeo del picaporte se empezó a oír, alguien estaba realizando un gran esfuerzo para abrir la puerta. Lucía, sometida por el miedo, quedó petrificada en el escritorio, como si una fuerza sobrenatural no lo dejase mover. Un suspiro de impaciencia retumbó en los oídos de Lucía, un sonido que le permitía volver a tener control de su cuerpo. “Hay que cambiar la cerradura, cada día es más difícil entrar” dijo Miguel. Pero Lucía veía ese defecto como algo favorable, si a alguien que contaba con la llave le costaba, a un intruso le sería aún más difícil.

Los días pasaban y la paranoia de Lucía no cesaba. Tenía un secreto que a nadie le había contado, uno que ya la asustaba mucho como para preocupar a otros.

Dejó de salir de forma tan recurrente del departamento, no sabía que podía esperarla en la esquina o a la entrada de su trabajo. No se encontraba lejos donde trabajaba, sólo a seis cuadras del departamento, y siempre hacía el mismo recorrido. Tres cuadras a la derecha, dos a la izquierda, en las cuales compraba el diario de cada día y a veces algo en la panadería, y por último giraba a la derecha.

Un día no pudo realizar su rutina diaria hacia el trabajo. La cuadra en la que compraba el diario estaba en obra, por lo que tuvo que cambiar el recorrido. En la nueva calle que eligió, observó que faltaba la tapa de una alcantarilla.

Comenzó a sumergirse en la oscuridad mientras caía. En un abrir y cerrar de ojos, su cuerpo había desaparecido por completo de la calle. Solo sintió un leve empujón, y sin resistencia alguna se entregó al destino que la acechaba y no la dejaba vivir en paz.

“El cuerpo de Lucía, la intrépida periodista que reveló datos incriminatorios del mafioso Ezio, fue encontrado en una alcantarilla tras un llamado anónimo a las autoridades locales. Junto a ella se encontraba el diario con su publicación, y otro del juez dictándole la sentencia a Ezio”. Esta era la noticia que recorría al país semanas después de su muerte.

Prisionera de la mafia

Oriana Persiano

Sonó el teléfono y supo que la iban a matar. Sabía el pacto que ella había hecho y a lo que estaba sometida. Expuso su libertad para ser una de las mujeres más ricas de la sociedad, tener todo aquello que quisiera y llevar una vida más que envidiable para el resto. Lo que ellos no sabían era lo que se escondía detrás de esta vida llena de lujos y todo por lo que pasaba para mostrarse así. Claramente, sólo era una apariencia.

Era prisionera de uno de los criminales más buscados y perseguido. Él era el jefe y la cabeza de una gran mafia. Vivía encubierto, ocultándose lo mejor que podía para nunca ser encontrado por los miles de delitos que había cometido. No sólo eran crímenes casuales, sino que también estaba siempre involucrado en los principales asaltos a los lugares de gran magnitud como bancos, casas de gobierno.

Ellos no se veían casi nunca. Él difícilmente estaba en la casa porque iba cambiando constantemente de lugar y tenía miles de estrategias ya estudiadas. Ella estaba cansada de esta situación. Estaba prácticamente sola y no entendía muy bien el porqué. Lo único que sabía era que su amante, quien la mantenía, estaba metido en cosas algo extrañas pero ella, con ese estilo de vida, era feliz. No quería deshacerse de eso.

Un día como cualquiera, ella decide escaparse y mostrarse con total libertad. Ya nada le importaba. Quería cambiar dejar de vivir encerrada sin poder mostrarse por su conocida relación con este mafioso. Lo que no esperaba era que ese mismo día, en el que tomó coraje y se animó a huir, en un mega operativo por un asalto al banco central, detuvieran a

todos los que trabajaban con su amante. A causa de un ajuste de cuentas decidieron entregarlo, de una vez por todas. Él fue el único condenado. El resto, obtuvo su libertad luego de tres años en la cárcel.

Como no se olvidaban todo lo que les debía y tomando conciencia de la cantidad de veces que pusieron en riesgo su vida, decidieron vengarse. La venganza sería su esposa.

Vivía continuamente amenazada, recibía llamadas constantes. Tenía una gran preocupación. Nunca más consiguió vivir en paz. No llegaron a matarla porque, ella cansada de tener que soportar todo eso, se suicidó.

Esa dama

Marco Quiroga

Sonó el teléfono y supo que la iban a matar. Tarde o temprano alguien se iba a enterar, después de hacerlo decenas de veces se había divulgado por todo Bristol.

Toda la aristocracia buscaba a esa dama para llevarla a la hoguera. Era famosa por ofrecer sus servicios a hombres casados de la alta sociedad. Pero no sólo eso. Fotografiaba el acto sexual con ayuda de Apollon, un joven francés de baja estatura que había emigrado a Inglaterra en busca de trabajo, y emitía los documentos a sus mujeres, provocando el caos en las familias de la más alta sociedad.

Su trabajo más destacado fue el de John Smith Pegg, el monarca más destacado de la Corona Británica. Un tipo viejo, de unos cincuenta años, millonario, engreído y borracho, aunque muy pocos conocían esta faceta.

Una semana antes, un ministro muy cercano a Pegg, había pagado por los servicios de la famosa mujer, sin conocer lo que le esperaba. Las consecuencias fueron las mismas, la renuncia de su cargo y el quiebre de su matrimonio.

La noticia se había divulgado por toda la ciudad y algunos pueblos cercanos, dos días después de que el monarca se encuentre con la dama. La Corona estaba convulsionada, que Smith Pegg perdiese su matrimonio y su posición social era un suicidio para la región. Pero el borracho, con todas las autoridades corruptas lo iban a impedir.

Fueron enviados cuatro detectives clandestinos ara solucionar este problema a cambio de miles de libras. La habían seguido por días, conocían todos sus movimientos, la calle en la que vivía y la hora en la que no se encontraba en casa. Solo esperaban el momento justo antes de que las fotografías sean publicadas.

Llovía, una noche colmada de humo blanco que impedía la visión. Sonó el teléfono. Ella bajó por las escaleras, en un mar de sombras y con sonido repetitivo. Todo estaba oscuro, el ruido no cesaba. Al lado de él, un hombre parado, vestido de negro, casi imposible de ver.

Sabía que era su momento, pero ella no se arrepentía de nada. Pensaba que los que no hacían buen su trabajo debían pagar con lo peor. Con un revólver frente a su rostro, comenzó a recordar los momentos que la habían llevado a estar parada allí.

Un sonido seco se escuchó, sin repeticiones, pero no era el que terminaba con esa a historia. Era una fotografía, lo que ella siempre hacía, documentar los hechos. El ruido se dobló por un momento y ella cayó. Un disparo en la cabeza era suficiente para cortar con esa mujer. Pero nada de lo que había hecho era en vano, y más, siendo ella la hija que nunca había reconocido John Smith Pegg.

Lo que implica el saber y callar

Agustina Ricardo

Yo lo sabía hace tiempo. Para mí, no era un secreto. Si realmente no quería decirlo lo respetaría, no lo obligaría a contarlo, como he hecho todos estos años. Tres para ser exacta. Puede resultar incómodo mentirle en la cara, todos los días, a tu mejor amigo, simulando no tener idea sobre su orientación sexual. Como dije anteriormente, no voy a obligarlo a que confiese algo que es normal. Patrick lo creía de igual manera.

—Si una persona hétero no debe decirles a todos que lo es ¿Por qué si una persona es homosexual debe hacerlo? — preguntó una noche de verano mientras daba un trago a la botella de vino.

Estábamos en la playa de Mar del Plata, donde vivimos desde que tenemos memoria.

—Nadie dijo que debe decirles a todos lo que es— contesté.

Ese fue el momento, creo yo, donde determiné lo que ocurría. Patrick decidió no contar ni un detalle de sus relaciones. No era necesario hacerlo.

Muchas situaciones incómodas se nos presentaron tiempo después, ya cuando el calor acababa y volvíamos a la secundaria. Recuerdo una de ellas. Su familia hacía un comentario despectivo, en cuanto a su sexualidad, hacia una persona que aparecía en televisión. Él defendía todo el tiempo, sea a quien sea, de aquella opinión. Aunque nadie más que su padre, su madre, su hermana menor y yo lo escucháramos, le dolía o eso creo. Tal vez, algún día, se lo pueda preguntar.

Sin dudas lo que sí afectaban eran los comentarios de Paula, una de las chicas que conformaba nuestro grupo de amigos. Ella creía que si una persona gay, lesbiana o bisexual, es porque lo aprendió de su familia. No tenía lógica y era absurdo. Aunque le decían lo contrario, para hacerla entrar en razón, Paula continuaba creyendo que todo proviene del ambiente familiar. “Allí se aprende, nadie nace así” comentaba habitualmente. De esta manera, alejaba a Patrick. Siempre terminábamos fuera del colegio, del lado del edificio que poca gente frecuentaba. Él prendía un cigarrillo y, a veces, lloraba en silencio. Supongo que me lo agradecía internamente.

No podía imaginarme estar en su lugar, viviendo diariamente rodeado de personas que no lo aceptaban o herían sin saberlo. Las ganas de gritarle que debería decir la verdad, y así saber quien realmente es su amigo, estaban presentes. Ya no podía.

Dos meses atrás se los contó a sus padres. Luego de esa misma tarde, me lo dijo a mí. Atiné a contestar que ya lo sabía y que no me importaba. En realidad, sólo si me robaba algún novio. Rió y todo volvió a la normalidad.

Al día siguiente, desperté con un mensaje en el celular. Decía que se mudaría a Itati, un pueblo de la provincia de Corrientes, ese mismo día. Cuando llegué a su casa ya se había marchado. No quiero saber las razones por las que sus padres tomaron esa decisión, aunque me las imagino. Sólo espero que se encuentre bien, y que sepa que su secreto está bien guardado.

La sin nombre

Melina Ruiz

En un pueblo lejano de la civilización donde había pocos habitantes, vivía Pedro. Era un pescador de mediana edad casi analfabeto. Cada mañana, salía a hacer su labor en un arroyo que quedaba un poco lejos de donde vivía con su madre y sus tres hermanos más pequeños, quienes se quedaban en los quehaceres domésticos.

Una mañana como cualquier otra, Pedro se levantó, se vistió, tomó algo caliente para no salir con el estómago vacío, se peinó casi sin verse el pelo con los dedos y salió. Le esperaba una mañana larga, pero agradable ya que había un sol hermoso.

Caminó varios kilómetros hasta llegar al arroyo. Se sentó en un árbol, agarró la caña de pescar, cerró los ojos y esperó sin apuro a que la caña hiciera algún movimiento.

No acababa de cerrar los ojos que pudo oír una voz muy dulce que lo saludaba. De inmediato se sobresaltó, tirando la caña al sueño que esta cayó del susto que le dio escuchar eso en pleno silencio. Lo primero que vio al abrir los ojos fue a una muchacha muy linda, con larga cabellera morena y ojos verdes. Se sorprendió pero la saludó amablemente, le preguntó quién era pero no le contestó, sólo le dijo que estaba pasando por el lugar y que estaba disfrutando del día.

Pedro, entusiasmado por la muchacha, no se percató del detalle, que no fue poco, de saber su nombre. La invitó a quedarse y ella aceptó. Hablaron largo y tendido por varias horas. No pudo pescar mucho, solo cuatro o cinco pescados que eran muy pequeños. Eso no le importó. Prometieron volverse a ver el día siguiente.

Así pasaron los meses, todos los días a la misma hora se veían y charlaban de sus vidas. A Pedro le resultaba raro que ella anduviera siempre con el mismo atuendo, pero no le dijo nada.

Un día decide contarle a su madre sobre la muchacha y ella quiso conocerla. Sin dar más vueltas, Pedro la invitó. Fue un día de esos donde se quedaban largos ratos bajo un árbol. Él le propuso la invitación y ella dudó un momento pero finalmente aceptó. Caminaron los dos hasta su casa, ella siempre igual, no había cambiado nada. Cuando su madre lo ve llegando le pregunta porque está solo y él le contestó que estaba con ella. Él solo la podía ver.

La casa de muñecos

Melanie Russo

Emily era una niña de doce años perteneciente a la clase media-alta argentina durante el año 1923. Vivía en una casa prestigiada y de estilo victoriana en el barrio San Isidro, junto con su madre y su tía. Gozaban de la buena fortuna que les otorgaba su economía terrateniente, heredada de la familia del difunto padre de la nena.

Emily, entre sus actividades cotidianas de aprendizaje académico, tenía corte y confección, clases de piano y danza clásica. Pero lo que más disfrutaba hacer entre esas tareas rutinarias, era jugar con su casa de muñecas, esa tan parecida a su casa. Confeccionada exclusivamente para ella y sus cuatro muñecas de porcelana. Estaba obsesionada con la reliquia tanto que, cuando no estaba con ella, la soñaba, la recreaba.

Un día se levantó, y al abrir la puerta de su habitación, encontró su casa distinta. Tenía un aspecto exactamente igual a la de su cobrado juguete. Bajó a la sala y su familia no estaba. En lugar de las damas, sus cuatro muñecas estaban sentadas en tamaño real. Entusiasmada, se sentó con ellas. Empezó a sentir que sus extremidades se paralizaban, hasta sin poder hablar y pedir ayuda, trató de llamar a su madre y a su tía, aunque eso fue inútil. Veía pasar los pies de sus afectos, caminando por el frente del juguete.

Nunca nadie volvió a ver a Emily de nuevo, pero su sueño se hizo realidad: vivir su juego.

El amor ante la rivalidad

Ezequiel Sacchetti

Explotado de felicidad, volvía a los asados familiares, luego de estos cuatro meses estudiando en La Plata, a mil kilómetros de su ciudad, de su familia.

Una vez en el asado, entre charlas y risas, su padre recordó una anécdota.

Pese a que este era y es el menos futbolero de cinco hermanos, eligió junto a su esposa hacer a sus dos hijas hinchas de River, aunque con el paso de los años estos últimos no serían fanáticos.

Al no criarse en una familia que respiraba fútbol, que no le daba mucha importancia a los partidos, los dos niños Ezequiel y Facundo (este el más grande por tres años), muchos de los partidos importantes que jugaba River los miraban con sus tíos y primos.

En uno de los tantos súper clásicos que se han jugado entre River y boca, los niños, que en ese entonces tenían aproximadamente seis y nueve años, se juntaron a ver el partido con su tío, quien era un hincha fanático casi enfermo por Boca. A medida que transcurría el partido, "El Millo" anotó un gol, pero los hermanos no lo gritaron o, por lo menos, no en ese momento. Ambos se levantaron en silencio del sillón del living y se fueron a gritarlo a la cocina. Fue algo que dejó anonadado a su padre y a su tío, que también se encontraba viendo el partido. No podían creer que siendo tan chicos hayan mostrado tanto respeto y amor por su tío como para no gritar el gol cerca de él y que este no se sintiera mal.

Una anécdota que incluso hoy, luego de trece años, su padre a sigue contando, con gran admiración por el acto de sus hijos.

Consejos para sobrevivir a la Bestia

Micaela Toscano

No tengo mucho tiempo para detallar todo...dentro de unos minutos la Bestia llegará. Esta vez creo que no sobreviviré. ¿Mi consejo? Si alguna vez se topa con un ser humano perfecto, probablemente sea la Bestia. Mi consejo es que no se le acerque. Padecerá las

consecuencias: Lo hipnotizará diciendo sus gustos, leyendo sus pensamientos. Lo encerrará para ser su compañero.

Con el tiempo será absorbente. No lo dejará cenar con su familia, asique olvídense de ella. Luego va a querer que asista a alguna fase de su metamorfosis. La hipnotizará nuevamente, endulzará la invitación. Por favor ¡No asista! Invente una excusa inteligente. Puede decirle que debe escribir un poema o ensayar para cantarle una canción. Le digo esto para que sobrevivan restos de lo que queda de usted. Si mira detalladamente los dedos de su mano, se dará cuenta que ya no tiene uñas. Todo esto, incluso ese primer síntoma, se deberá a su presencia cerca de la Bestia. ¿Y su metamorfosis? Consiste en facetas intolerables...realmente intolerables...

La primera fase es provocada por una situación que altere a la Bestia. Desencadenará una reflexión interna que querrá exteriorizar. Comenzará con un discurso poético o filosófico dependiendo del día que tenga. Elevará el tono de voz de a ratos. Ese discurso será un monólogo eterno, un huracán de incoherencias donde reine la única verdad absoluta: la de la Bestia. Si por alguna desgracia llega a asistir a esta faceta, no contradiga las conjeturas de tal abominación. Se vengará recriminándole todos los errores que cometió. En los peores casos le contará como será su muerte. Le detallará lo más doloroso y le recordará sus secretos más oscuros, aquellos de los que ni siquiera usted se anima a confesar en voz alta.

Luego de esta fase, llegará el silencio de la Bestia. Ármese de coraje, ya que buscará nuevos argumentos para continuar, para retomar la metamorfosis con furia imperial. Buscará una nueva víctima. Es en ese momento donde debe elaborar un plan para escapar. Sea audaz y piense con cautela. La Bestia es inteligente y se obsesionará en encontrarlo. Lo traerá de regreso. Lo obligará a presenciar la segunda fase. Sólo podrá tolerar tres asistencias. En esta estancia he tenido que padecer dolores de cabeza, pérdida de memoria, taquicardia... ¿Le mencioné la pérdida de uñas?

Si asiste a la segunda fase por cuarta vez, me temo que se convertirá en otra Bestia. Me han contado que entre algunos de los síntomas intolerantes se encuentra la utilización del lenguaje incoherente y respiración lenta. Por lo general, la fiebre...

La Bestia ha llegado. Espero que mis consejos le sirvan. Sobreviva usted espero. Favor por hacer llegar mensaje este a todos. Resistiré para combatir yo a La Bestia.

Visita esperada

Fernando Vitale

Estábamos en clase en Textos como todos los martes, cuando de repente se nubló el cielo por un instante. Aterrizó una nave espacial. Desde su interior descienden dos sujetos de aspecto asqueroso con vellos por todo el cuerpo, con una altura mayor a la de cualquier terrícola, más o menos, unos tres metros.

En el aula hubo una mezcla de sentimientos. Algunos miraban por la ventana por curiosidad. Otros, preferían ni mirar, pero cada tanto pispeaban, no podían aguantar la intriga. Y, simplemente otros sentían un temor incontenible, además de las ganas de salir corriendo.

Estos sujetos horripilantes se abrieron paso por la facultad, acribillando una por una a las organizaciones políticas. Empezaron por Fandango y terminaron con "La Walsh".

Lo único que invadía a la facultad era el terror. Estos poderosos sujetos asesinaban a todos a su paso, desde directivos hasta alumnos. Sólo quedaba un aula sin sangre. Era el aula 18. En ese momento, ya no quedaba ni un valiente en el salón. El único que más o menos manejaba la situación era el profesor, él sabía lo que iba a suceder. Se comunicó una semana antes con ellos, ya que tenía interés en que asistan a su clase.

El fútbol, la emoción y las lágrimas

Agustín Zambosco

En el año 2006 cuando tenía ochos años viví un hecho que marcó mucho mi infancia. Eran mis primeros pasos en las canchas del fútbol argentino, luego de casi dos años sin disfrutar un partido de este hermoso deporte.

Como fiel hincha de Estudiantes de La Plata, desde que nació hasta el día de hoy, durante todo ese año concurrí a todos los partidos de local del campeonato apertura. Era la primera vez en mi vida que había logrado ir a todos los partidos de mi equipo en un mismo campeonato.

No sé si fue por pura casualidad o por una causa del destino, que ese mismo año que me termine de consagrar como fiel hincha, Estudiantes llegó a la final del torneo con chances de salir campeón luego de varios años sin lograrlo.

Fue un increíble, picante y tenso mano a mano por el campeonato entre el “Pincha”, de Verón y Simeone, y el Boca, de La Volpe, Palermo y compañía, que terminó culminó con un histórico partido de desempate.

Por suerte, aquel 13 de diciembre de 2006, pude asistir a aquel partido de desempate por el título. Puede vivir, quizás hasta ahora, uno de los momentos más gloriosos y felices de mi vida.

Con un golazo de tiro libre de José Sosa y otro del “tanque” Pavone llegamos a dar vuelta el partido, que Boca había empezado ganando con gol de Palermo, terminó el encuentro. Entre las emociones de este emotivo final me largué a llorar alegremente.

Lo remarcable de este último hecho, es que fue la primera vez en mi vida que el fútbol me sacó una enorme cantidad de lágrimas como nada había podido hacerlo antes. Será por esto que el fútbol, es hasta hoy en día, la pasión más grande que tengo.

Denuncia sobreviviente

María Sol Zecca

Querido Paul:

¡Qué ingenuos fuimos al creer que la guerra sería un juego de niño! Realmente nos creímos el discurso nacionalista que se fue instalando en las calles, en las aulas, en nuestras casas y que nuestros propios seres queridos nos vendían. Luchar por la patria mientras que la misma patria nos manda a las trincheras desnutridos y sin posibilidad de salir victoriosos.

Desde hace un mes me encuentro tirado en esta cama de hospital, inválido e inservible. Todos los días observo la llegada de compañeros heridos y al borde de la muerte. Algunos luchan con todas sus fuerzas por su vida, pero la gran mayoría termina siendo un ladrillo más en la pared de cuerpos que se van formando a un costado de este lugar, inundando el ambiente con el olor a putrefacción y pobredumbre que inunda el ambiente.

Paul, me han llegado noticias de que la guerra está por terminar, ya no me interesa luchar por mi patria, sino que junto fuerzas por volver al campo junto a nuestros compañeros y hermanos que siguen cayendo en las manos del enemigo.

Solo nosotros realmente conocemos las consecuencias de esta guerra inútil y es nuestro deber volver sanos a casa para contar la realidad de las fronteras y asegurarnos de que no vuelva a suceder.

Lucha por tu vida y por la de nuestros compañeros, vivamos por ellos. Ya nos encontramos de vuelta en la tierra y dejaremos este infierno detrás nuestro. ¡Fuerza hermano!

Albert.